

José Luis Elorza

DRAMA y ESPERANZA

Lectura existencial
del Antiguo Testamento



**Un Dios
desconcertante y fiable**

LIBROS PROFÉTICOS

verbo divino

Presentación

Los libros proféticos de Israel: «Impresionantes escritos, uno de los más grandes monumentos de la escritura y del pensamiento de la humanidad», dice el filósofo Eugenio Trías, hablando de ellos. Fueron fruto del movimiento profético, «el fenómeno más asombroso de la historia de Israel» (G. von Rad, biblista protestante alemán), y de la historia religiosa de la humanidad. Si los judíos del tiempo de Jesús preferían fundar sus vidas sobre todo en los libros del Pentateuco, Jesús se inspira con preferencia en los libros proféticos y en los Salmos; en ello le seguirán los cristianos.

Los profetas fueron personajes fuera de serie: místicos con ojos abiertos a la sociedad y la historia; solidarios con el pueblo con solidaridad crítica y por ello molestos e indeseables, fracasados («Los profetas tienen vocación de hombres fracasados», dirá L. Alonso Schökel), y, con todo, figuras sobrecogedoras; portavoces de los sin voz y esperanza de los débiles y aplastados; despertadores de lo mejor que anida en el corazón humano y soñadores de un futuro nuevo desde los panoramas sombríos del mundo; testigos de Dios, más que teólogos o pensadores; hombres cuña, desmitificadores de falsas ilusiones religiosas y políticas, pero inspiradores de fe confiada; promotores de caminos nuevos en la historia; hombres de palabra débil y perseguida cuyo eco resuena, con todo, a lo largo de milenios; defensores de la ética por encima de los intereses socioeconómicos, políticos y religiosos. ¡Por algo les tocó enfrentarse con los sistemas de poder de este mundo! «Los profetas son mártires de la justicia y de la libertad y, como todos los que han seguido su camino, “no han buscado la tranquilidad del alma” (K. Popper), ni el protagonismo ni el liderazgo, sino la fidelidad a Dios y a su pueblo» (Daniel Innerarity, filósofo). Si fueron individualidades señeras en la historia de Israel-Judá, siguen siéndolo ahora para todos.

Al abordar este segundo bloque de libros del Antiguo Testamento, pongo el acento en las personas de los profetas. «La esencia del profetismo» es el profeta mismo, dice el judío André Néher. Su mensaje está en ellos más que en sus palabras u oráculos: en su modo de vivirse a sí mismos ante la sociedad de su tiempo, ante sí mismos y ante Dios; en su existencia atravesada por mil experiencias, humanas y espirituales, gozosas y penosas. Nos cautiva su mundo personal y experiencial, atractivo para todos, creyentes y no creyentes, interpelante para unos y otros. Los profetas no solo proclaman la «palabra de Dios»; son «palabra de Dios»: encarnan su corazón apasionado (solo así nos transmiten su palabra); y transparentan asimismo al ser humano con su compleja realidad. Seres humanos de carne y hueso, su existencia nos resulta iluminadora: nos hacen de espejo. Son más para ser mirados que escuchados.

Me aproximo, primero, en orden cronológico, a cada uno de los profetas, tratando de entrar en su pellejo y su corazón (por lo que habrá inevitable repetición de algunos temas, ya que los profetas no pueden menos de volver a cantar la verdad sobre algunos). Sitúo a cada profeta en la situación concreta de su tiempo para descubrir lo que le movió a cada uno de ellos, sus rasgos personales, su estilo de actuación, sus avatares vividos, los contenidos de su mensaje... Mensajero y mensaje: ambos nos inquietan y provocan, nos interpelan y escandalizan, nos turban y estimulan, nos hieren y sanan, nos recuerdan el pasado y nos abren al futuro. Si su vida resulta interpeladora, los grandes temas de su mensaje resultan de eterna validez: la injusticia y las lacras de las sociedades humanas, las contradicciones absurdas en que cae el ser humano, sus llantos y gritos de liberación, el proceso de su lenta y costosa maduración, el debate entre la esperanza y la desesperanza, la historia de este mundo y Dios, la verdad y la mentira de la religión y del culto... ¡Temas de todos los tiempos! Y subrayo uno: no hay probablemente libro religioso que haga más crítica de la religión que la Biblia, que el Antiguo Testamento (AT) en concreto, que los profetas especialmente. Punto a tener en cuenta por la Iglesia y los cristianos.

* * *

Sigo los criterios señalados en los otros dos volúmenes de esta obra. Doy suficientes elementos de «introducción» a cada libro profético. No llega a

ser «comentario», pero contiene bastante de ello. Quiere ser una «iniciación» en los libros proféticos: ¡un rico filón de pensares y sentires y de lectura de la vida para creyentes y no creyentes de hoy! Pues ofrezco ante todo una lectura existencial, en diálogo con la complejidad de nuestra vida, de nuestro psiquismo humano, de nuestra fe y de nuestro tiempo. No puede menos de aparecer abundantemente la realidad en la que vivimos sumergidos: la sociedad con su problemática sociopolítica, la humanidad en la era de la globalización, el creyente defraudado a menudo por su Dios, la Iglesia con sus tentaciones de siempre, mi yo personal tan rico y tan vulnerable...

Destaco el aspecto histórico y biográfico, porque permite acceder al mundo subjetivo y experiencial de cada profeta y, de paso, a lo que le tocó vivir al pueblo Israel-Judá en los vaivenes de su historia. Conocer el tiempo en que vivió cada uno de los profetas resulta clave para esa lectura existencial. Su vida estuvo atravesada por innumerables tensiones e interrogantes. En el fondo, por el eterno debate entre Drama y Esperanza.

He intentado escribir en un estilo más interpelante que informativo, más vivencial que escolar, más incisivo que expositivo y frío, más sugerente que académico. Y pongo largas series de «preguntas», ¿demasiadas? Por varias razones: crean conexión vital entre el texto bíblico de hace 3.000-2.000 años y nuestra realidad actual, colectiva y personal; «el método de la pregunta» resulta válido para entrar en el corazón de las páginas bíblicas y muestra su riqueza y actualidad insospechadas; provoca discernimiento, personal y grupal, del corazón y de la vida; ayuda a leer la Biblia en clave de personalización. No sobra ninguna, aunque cada lector o cada grupo verán cuáles le afectan más.

Dados el nivel y los objetivos del libro, lo he aligerado de toda nota al pie de página. Señalo autores, sin citar sus libros. Entre ellos, los hay de todo: ante todo exégetas o investigadores bíblicos (protestantes, católicos, judíos), pero también poetas, pensadores, antropólogos, teólogos... ¿Cabe hoy día una lectura de la Biblia que no sea interdisciplinar? Y recojo docenas de confesiones y testimonios escuchados a alumnos y participantes en grupos. Es decir, ecos de la vida real y retazos del corazón humano.

El libro, escrito a nivel medio, está dirigido a todo aquel que quiera aproximarse a la Biblia, creyente o no. Con todo, mirando a que pueda

servir para estudiantes de Biblia, doy suficiente información, tanto histórica (contexto histórico-cultural), como literaria (fecha de composición, estructura, géneros literarios... de cada libro). La información histórica es importante para todos: solo el libro situado en su contexto vital nos entrega su secreto y su riqueza; la literaria, de interés para los que siguen un curso académico, la pongo de ordinario al final de cada capítulo en forma de apéndices, en estilo escueto, frío y escolar. Y al final de cada capítulo, señalo los «puntos complementarios para profundizar»: tarea a realizar a partir de comentarios, enciclopedias, diccionarios bíblicos... La bibliografía añadida al final del libro ayudará a ello. Para unos y otros, incluyo en el texto pasajes paralelos o similares, en orden a la profundización, de acuerdo a otro principio hermenéutico: «leer la Biblia desde la Biblia».

* * *

Nota pedagógica

1. No dispensarse de leer el texto bíblico de cada profeta, al menos los pasajes más importantes señalados al principio de cada capítulo. Dejarse penetrar por sus palabras, percibir las primeras sensaciones que nos causa (belleza, impacto, invitación a vivir algo..., o desconcierto, extrañeza...). «Las páginas bíblicas son para vivir experiencias o no sirven para nada.»
2. Pasar a leer el capítulo correspondiente de *Drama y esperanza*: subrayando, tomando notas... Interesa tanto aprender como, sobre todo, dejarse tocar y reflexionar. El estilo de *Drama y esperanza* es sencillo, comprensible, pero no por ello fácil: pide lectura reflexiva, reposada.
3. Todo ello da más de sí si se comparte en un grupo, especialmente con la metodología de «taller».

1 | Los profetas de Israel-Judá

[Al hombre de cada siglo lo salva un grupo de hombres que se oponen a sus gustos.

Chesterton

- ❶ «Profeta», ¿a qué te suena? ¿A quién llamarías profeta?
- ❷ ¿Te nace comparar a los profetas de Israel con Jesús de Nazaret?

1. ¿Personajes de muchos rostros?

¿Qué fueron los profetas de Israel y Judá? Pregunta clave. Se les ha llamado de todo:

- Anunciadores de acontecimientos o personajes futuros, sobre todo del mesías.
- Fundadores de la auténtica religión judía, abogados de una religión interior y ética frente a la religión ritualista, creadores de una religión profética frente a la religión popular.
- Guías espirituales, educadores del sentido religioso y ético del pueblo.
- Denunciadores de las estructuras injustas de la sociedad, propugnadores de un nuevo orden político-social-económico; líderes populares.
- Intérpretes y teólogos de la historia; inspiradores de una esperanza indestructible.
- Hombres carismáticos portadores de un mensaje divino, testigos del Dios viviente.

Dejemos colgada la pregunta hasta leer, personal y directamente, los libros proféticos. Adelantemos en este capítulo introductorio unos datos que nos ayuden a situarlos y leerlos.

¿A QUIÉN LLAMAMOS PROFETA?

Al tratar de responder a la pregunta, no podemos menos de comparar a los profetas con otros hombres y mujeres que han marcado la época histórica en que vivieron, dejando su sello para generaciones futuras. Se llama «profeta» a católicos como Francisco de Asís, Juan XXIII y Óscar Romero, a cristianos no-católicos como Martin Luther King, a creyentes no cristianos como Gandhi y Mahoma, e incluso a ateos profesos como Marx? «Profeta secular» le llama alguno a este último. Naturalmente, los que son profetas para unos, son lobos vestidos de cordero para otros. ¿Quién es profeta, por qué lo es, cómo lo es? ¿Qué rasgos lo definen?

2. El alma de un pueblo

¡Imposible hablar de los profetas sin hablar de Israel. Este pueblo constituyó un fenómeno histórico-cultural singular y relevante. A través de experiencias y crisis vividas a lo largo de siglos, vino a poseer una identidad peculiar, mantenida hasta hoy día, transmisor de valores éticos y religiosos de gran valor. ¿Qué papel tuvieron en ello los profetas? Israel no hubiera llegado a ser lo que fue, en un lento y doloroso parto de siglos, sin los dos siguientes componentes:

1. En primer lugar, las experiencias vividas en su nacimiento, niñez y juventud (por hablar de modo comparativo). Según la psicología moderna, la personalidad de un individuo se forja a partir de las vivencias de amor, confianza, libertad de los primeros años de la vida. Vividas gracias especialmente a los padres, constituyen los «recuerdos y experiencias fundantes»: sobre ellas crece y madura todo hombre y mujer. Israel las vivió en su «nacimiento» como pueblo libre (¡eso vino a ser el éxodo, su liberación de Egipto!) y en sus «primeros años»: el paso

por el «desierto», la alianza, la instalación en la «tierra» de Canaán... Apenas nacido («de recién nacida y de joven», dirá el profeta Ezequiel: Ez 16,1-14), se supo mirado y cuidado por su Dios Yahvé, acompañado en sus tortuosos caminos de crecimiento y afianzamiento como pueblo libre, llamado a ir siempre más allá de sí en su historia... Yahvé hizo de «padre y madre» con él, dirán los profetas Oseas, Jeremías, Segundo Isaías, así como Dt.

2. *Y en segundo lugar, sus profetas.* No fueron los creadores del pueblo de Israel-Judá, ni de su religión. Fueron, más bien, hijos suyos. Nacidos en su seno, mamaron su fe y su esperanza en su Dios Yahvé, asimilaron su credo, constituido por los recuerdos históricos citados (Dt 26,1-11). Pero en la historia y evolución ulterior de Israel-Judá a lo largo de siglos, los profetas jugaron un papel inigualable y decisivo: le recuerdan su identidad irrenunciable de «pueblo de Yahvé», apelan a sus orígenes (éxodo, desierto, tierra, Sión, alianza...), le ayudan a mantenerse fiel a esa identidad primera y a redescubrirla en los tiempos cambiantes que le advienen a todo pueblo, purifican su peligrosa conciencia de ser «el pueblo de Dios» (¡no era título excluyente sino misión difícil!), le abren horizontes de esperanza en los tiempos calamitosos, le elevan a nuevos valores y niveles de conciencia. «Cuando no hay profetas, el pueblo se relaja y diluye», dice un sabio (Prov 29,18).

Solo en un pueblo como Israel-Judá, que venía ya siendo «profético» de algún modo gracias a su singular experiencia de su Dios Yahvé, pudieron surgir profetas como Elías, Amós, Oseas, Isaías, Jeremías... Pero estos lo sobrepasaron y le hicieron sobrepasarse a sí mismo; ¿no lo hacen los verdaderos líderes y guías espirituales de los pueblos? Estaban fuertemente anclados en las tradiciones fundantes y originarias de Israel-Judá (G. von Rad, exégeta protestante), pero los profetas fueron revolucionarios: unas veces sacudían su conciencia colectiva, batían sus falsas seguridades, le denunciaban sus comportamientos, lo herían con terapia de shock; otras, le indicaban el camino, lo invitaban a la esperanza por encima tanto de desesperanzas como de falsas ilusiones. Todo con el fin de elevarlo a nuevos niveles de existencia y abrirle a un futuro nuevo. ¡Ardua y arriesgada tarea!: en ella se expusieron a fracasar, jugándose su prestigio y su piel. ¿Podían los profetas no entrar en conflicto con los poderes fácticos:

el político, el económico y el religioso? ¡Y con el pueblo! ¡Por algo fueron rechazados y perseguidos! (por romper esquemas, como ellos, siglos más tarde, Jesús de Nazaret, profeta en su línea, acabaría igualmente rechazado: Lc 13,31ss).

Gracias sobre todo a sus profetas (así como a los movimientos deuteronomista, sacerdotal y sapiencial), Israel-Judá sobrevivió en la historia a las tremendas catástrofes que amenazaron con enterrarlo para siempre. Gracias a ellos, mantuvo su identidad específica en medio de las más variadas situaciones histórico-culturales. Más aún, gracias a ellos evolucionó, maduró y pudo legar a la posteridad una herencia espiritual única: vivimos aún de la misma.

LA HERENCIA DE ISRAEL, GRECIA Y ROMA

Habría que comparar a Israel-Judá con otros pueblos culturalmente relevantes.

- ❑ **Grecia**, pueblo excepcionalmente creador, en parte contemporáneo a Israel-Judá. Creó el arte, la filosofía, las ciencias, el modelo democrático de gobierno... El pueblo de la razón y del análisis objetivo, introdujo la racionalidad en todos los campos del pensamiento y la actividad humanos. Está en el origen del Renacimiento y de la modernidad.
- ❑ **Roma**, pueblo pragmático, organizador del mundo de su tiempo, creador del derecho... Ambos fueron pobres en el campo de la religión, incapaces de superar un politeísmo burdo y decadente, que caería en pedazos ante el judaísmo y el cristianismo.
- ❑ **Israel-Judá**, pobre en los ámbitos señalados, fue inigualable en el campo de la religión y de la moral, en términos globales. Fue en especial su experiencia religiosa la que nos transmitió como su herencia más preciosa: su imagen de un Dios vivo, único y personal, amor y relación con el hombre; su imagen del ser humano llamado nada menos que a vivir en alianza con ese Dios amor; la importancia

del prójimo o la estrecha relación entre religión y moral; su esperanza de un futuro abierto a la eternidad... Fueron los profetas los principales mediadores y transmisores de semejante experiencia religiosa y moral.

3. El profeta

- En sentido bíblico, en la experiencia religiosa de Israel, el profeta ***no es adivino que desvela lo oculto***, ni futurólogo que predice acontecimientos venideros. Y con todo, como portador de una palabra de esperanza, anuncia un mundo nuevo que llegará.
- ***Ni es eremita ni monje alejado del mundo de los hombres*** para buscar a Dios en la soledad: habita en medio de los seres humanos y se siente impelido a hablar en las calles y plazas.
- ***Ni es el místico que anhela vivir la fusión con su Dios***; y con todo, ha tenido una honda experiencia del Dios vivo; por Él se siente impulsado a ser hombre público, lanzado en medio de las refriegas y dramas de la historia. ¡Un místico enraizado en la historia!
- ***Ni es sacerdote***, funcionario del culto en los santuarios y catequista que enseña al pueblo la ley de Dios y las tradiciones sagradas (aunque algunos de los profetas fueron de origen y formación sacerdotales).
- ***Ni es político***: no interviene de modo profesional en la vida política; su única arma es su palabra. Y con todo, ¡pocos tan «políticos» como los profetas, en el sentido profundo de la palabra!: no tienen un programa de reforma económico-social, pero se sienten llamados a promover un orden justo y crear un pueblo nuevo, confrontan críticamente a los dirigentes civiles y religiosos del pueblo, intervienen en su orientación. Con palabra de denuncia o de aliento y esperanza, pretenden algo más hondo que «hacer política»: alcanzar los corazones de unos y otros y, desde el corazón, renovar las estructuras, forjar un pueblo nuevo.
- ***Ni es sociólogo ni filósofo***, analista e intérprete profesional de la realidad social y humana. Y con todo, lee la historia y analiza la

sociedad. Mientras los demás no alcanzan a ver más allá de «la piel», el profeta lo ve todo por dentro, a un segundo nivel de lectura: Dios le da otras claves de análisis de la realidad, más hondas que las de las ciencias humanas.

- ***No es poeta*** que expresa su mundo subjetivo. Con todo, escribe en lenguaje poético: el más adecuado para impactar el yo humano y suscitar algo en su corazón, despertándolo a lo mejor y lo más hondo de sí. Con un lenguaje cargado de imágenes y símbolos, juzga la realidad social, política y religiosa, denuncia comportamientos absurdos, abre el corazón humano a interrogantes vitales, lo llama a descubrir las huellas de Dios en su historia y abrirse tanto al Tú de ese Dios como al tú del otro ser humano, lo invita a tomar actitudes nuevas en la vida, así como a percibir los nuevos surcos de la historia.

En sentido bíblico, el profeta es «el hombre de la palabra». Más exactamente el que «habla en lugar y de parte de Dios» (*pro-fêmi/pro-fêtes*). Dirige a los seres humanos una palabra en Su nombre. Palabra (*dabar*) que, viniendo del corazón de Dios, pasa por su corazón para alcanzar el corazón humano. Palabra relacionada con las situaciones que vive el ser humano y con su futuro. El profeta lee «los signos de los tiempos»: ve por dónde va la historia; mejor dicho, por dónde la está llevando Dios y cuál es el sentido verdadero de los acontecimientos. Situado en Dios y mirando todo desde Él, se le agranda su capacidad de comprensión de la complejidad de la historia, así como del corazón humano. Resuena, no como palabra serena y reflexiva de un maestro o gurú, sino a modo de latigazos que sacuden a los hombres unas veces, de susurro de Dios al yo humano otras. Pretende llegar al fondo del corazón humano, renovarlo y abrirlo a la esperanza.

4. El arma del profeta

Los profetas fueron modelando a Israel-Judá a golpes de «palabra de Dios», de la antigua y de la nueva. No enseñaron ideas, al modo de los profesores. Ni fueron meros intérpretes de la historia: eran más que filósofos, sociólogos o historiadores (como los ha habido y hay tantos). Ni meros educadores éticos (como Confucio), ni maestros de sabiduría (como

Buda). Ni gobernantes de gran categoría moral (como Nelson Mandela de Sudáfrica, Václav Havel de Chequia, Mujica de Uruguay, etc.). Eran testigos de un Dios de la historia. Como tales, pretendían mostrar el rostro de Dios para transformar la sociedad, y anunciar y crear tiempos nuevos en nombre de Yahvé. ¿No era acaso Yahvé el Dios siempre nuevo y sorprendente, el Dios de un proyecto respecto a la humanidad? Cambiar la historia cambiando los corazones: allí donde se forja el ser humano y la sociedad en verdad y en libertad. Por ello, lo hicieron desarmados, con la sola arma de su palabra. No organizaron un movimiento popular revolucionario. Ni montaron una institución fuerte de ningún tipo: un ejército, una corte administrativa, un estado político, un movimiento cultural...; más bien, tuvieron que enfrentarse con esos «gigantes del poder» que los tuvieron de ordinario en su contra. Se redujeron a recibir en su corazón la palabra de Dios, a dejarse transformar por la misma y a proclamarla luego donde podían: ante la corte y ante el pueblo, en el templo y en las puertas de la ciudad (las plazas de entonces). Cuando no lo podían al pueblo entero, lo hacían, como Jesús de Nazaret, ante reducidos grupos de discípulos: los únicos a menudo en aceptarla, vivirla y transmitirla. En el caso de no ser escuchados, la ponían por escrito: aceptada o no, seguía siendo «palabra de Dios», válida para siempre. Ellos crearán buena parte de la literatura bíblica: los libros proféticos.

LOS LIBROS PROFÉTICOS

Los libros proféticos, el segundo de los grandes bloques del AT, forman una colección de 14 libros (17 si añadimos Dn, Jon y Bar), de muy diverso tamaño e importancia (véase su lista en una Biblia). Sus páginas fueron proclamándose y poniéndose por escrito entre los años 750-300 a.C. Probablemente en el siglo III terminaron por ser reunidos, formando la colección de los «libros proféticos».

Su palabra, insignificante pero eficaz como la semilla (dirá más tarde Jesús de Nazaret), ha llegado hasta nosotros. Sembrada con vigor pero sin

poder, daría su fruto durante siglos y milenios en el corazón y en la vida de innumerables hombres y mujeres (Is 55,8-11; véase Mc 4). A medio y a largo plazo, su palabra resultó más poderosa y eficaz que los mayores poderes e instituciones de este mundo: que los grandes imperios de aquel tiempo (Asiria, Babilonia, Egipto, Persia...), que las monarquías israelita y judía con las que se enfrentaron, que el mismo Templo de Jerusalén con su culto... Unos y otros acabaron derribados o destruidos; la palabra profética permanece «viva y tajante como espada de doble filo, penetrante hasta el tuétano» (Heb 4,12-13). Sigue siendo lo que fue en su tiempo: debeladora de mentiras y falsas seguridades muchas veces, generadora de esperanza y de futuro siempre, creadora de identidad y de impulso histórico, fuente de valores humanos, punto de referencia permanente para las generaciones posteriores de judíos, cristianos y no creyentes. «Hacéis bien en escuchar la palabra de los profetas..., lámpara que alumbra en la oscuridad, hasta que despunte el día» (2 Pe 1,19).

Nadie más desarmado que un profeta y, con todo, nadie más fuerte. Y nada más débil que su palabra y, con todo, nada más indestructible, poderosa y eficaz a la larga (L. Alonso Schökel, exégeta). Por una parte, solo lo que llega al corazón humano es poderoso. Y por otra: detrás del profeta está nadie menos que su Dios que lo envía y lo sostiene, y su palabra es nada menos que «palabra de Dios» (Is 40,8; 55,8-11). Profetas como Amós, Isaías, Jeremías, el Segundo Isaías experimentaron, al mismo tiempo, su propia debilidad y fortaleza y la debilidad y fortaleza de su palabra (a modo de ejemplo: Am 7,10-14; Jr 1; 15,10-21; Is 49,1-7; 50,4-11). ¡Nada más débil: simboliza la debilidad fuerte del profeta; en el fondo, la debilidad fuerte de Dios: respetuosos ambos con el ser humano y su libertad. ¡Como la palabra de Jesús, siglos más tarde! Como toda palabra de amor: ¡tan débil como un susurro y tan fuerte que arrastra! La que más llega hasta el fondo del corazón humano, la que más convence, transforma y mueve. A los profetas les bastaba proclamar su palabra: siendo «palabra de Dios», este se encargaría de hacerla fecunda en el único lugar donde puede serlo: el corazón humano, libre y sediento a la vez, anhelante de verdad, justicia y esperanza al mismo tiempo (Is 8,16). ¡Medio pobre, no fuerza a nadie; pero poderoso en el corazón, allí donde suceden los verdaderos milagros si es acogida. Palabra quemante como el fuego o empapante como

la suave lluvia (Jr 5,14; Is 55,10). Los primeros transformados fueron los profetas mismos. ¡Sigue siendo palabra viva y eficaz desde entonces! (véanse caps. 12 y 13).

¡Qué diferencia entre el profeta bíblico, por una parte, y el adivino, el mago, el hechicero, el espiritista, el que lee las manos, el hombre del horóscopo..., por otra! (se sugiere leer J. L. Sicre, *Profetismo en Israel*, EVD, cap. 1).

5. «Esto dice el Señor»

Los profetas fueron grandes testigos de Dios ante Israel-Judá. Hombres, a los que el rostro de Dios se les hizo muy presente, su palabra les caló muy dentro y su corazón se les volvió apasionado. Por ello, fueron magníficos poetas: ¿no lo es, de ordinario, todo hombre y mujer que vive experiencias fuertes? Se comprende que estamparan su palabra en lenguaje poético en su mayor parte, rico en mil imágenes. A ello se prestaba su lengua hebrea, plástica, concreta, expresiva. Pero lo que más llama la atención es que hablan como si fueran la boca misma de Dios. Rompen a hablar diciendo: «esto dice el Señor», «oíd lo que dice Yahvé», «escuchad esta palabra de Yahvé»; o terminan con un: «oráculo de Dios»...

EL SACERDOTE, EL SABIO, EL HISTORIADOR, EL PROFETA

«No nos faltará la instrucción del sacerdote, ni el consejo del sabio, ni la palabra del profeta», dicen los adversarios del profeta Jeremías (Jr 18,18). En el antiguo Israel-Judá y en el origen de los libros bíblicos hubo varias clases de personas con funciones relevantes:

- «El sacerdote»: además de funcionario del templo y del culto, era el hombre de la «ley de Dios»: enseñaba las normas inviolables de la vida individual, familiar, social y cultural.
- «El sabio»: analiza la experiencia plural y compleja de la vida e imparte reflexiones sabias para enseñar a acertar en la vida y hallar el

camino de la felicidad humana (véase *Drama y esperanza*, vol. III).

- «El historiador o narrador», sacerdote o laico, transmite y escribe los recuerdos y tradiciones históricas del pasado desde la memoria oral colectiva o desde los documentos de los archivos de la corte y del templo (véase *Drama y esperanza*, vol. I).
- «El profeta» proclama la «palabra de Dios» en su nombre: es su rasgo principal. Él mismo es el primero en recibirla, elaborarla, gozarla, sufrirla. La elabora desde una doble fuente de inspiración: su experiencia inmediata e impactante de Dios (al modo de hombres y mujeres como los discípulos de Jesús, Francisco de Asís, Ignacio de Loyola, Teresa de Ávila, etc.); y la visión y experiencia del mundo que lo rodea. En contacto con Dios, está también en contacto con la realidad: conoce las maquinaciones de los reyes y políticos, las quejas de los campesinos explotados por los terratenientes, el lujo insultante de los ricos, el culto vacío y ritualista de los sacerdotes, la desesperanza o las expectativas patrióticas locas del pueblo, los ídolos que se crean los individuos y los pueblos... Habla al mismo tiempo desde Dios y desde una realidad leída en profundidad. ¡Portavoz de Dios y portavoz de la realidad al mismo tiempo! (Véase especialmente la diferencia entre el sabio y el profeta en *Drama y esperanza*, vol. III, final del cap. 1).

Como lo comprobaremos, los profetas están seguros de que la palabra que proclaman no es tanto suya como «palabra de Dios». No es invención subjetiva suya: al dirigirse a Israel, apelan, por una parte, a la identidad y a las tradiciones originarias de Israel; apelan, sobre todo, a su experiencia personal de la palabra que pronuncian y a la autoridad de Dios por el que se saben enviados. Comienzan diciendo: «me fue dirigida la palabra de Yahvé...», o la acaban con: «Oráculo de Dios». «El oráculo de Dios» es, por ello, el modo más característico de su lenguaje, pero recurren también a otros modos de hablar: el autobiográfico, el de la reflexión y debate teológicos, el del diálogo con Dios, especialmente desde Jeremías y Habacuc.

Surgen preguntas inmediatamente: ¿en base a qué se creen portavoces de Dios, portadores y proclamadores de un mensaje divino? ¡Irritante y sospechosa esa autoconciencia de los profetas! ¿Eran realmente portavoces de Dios, o tenían tan solo la pretensión de serlo? ¿Es su palabra mera proyección de sus propias reflexiones y valoraciones, puestas en boca de Dios para darles mayor peso, o es realmente fruto de una «experiencia de Dios»? ¿Cómo recibían de Dios su palabra? ¿Resultó auténtico y válido su mensaje? ¿Les ha dado razón la historia? ¿Ha confirmado Dios su palabra? ¿Ha servido su mensaje y su actuación para elevar la conciencia religiosa y moral de Israel-Judá?, ¿para hacer progresar su fe y su libertad en el mundo, para purificar su peligrosa conciencia de ser «el pueblo de Dios»? ¡Muchas preguntas! Imposible responderlas sin antes abordar, en los capítulos siguientes, la experiencia y la actividad proféticas de estos hombres, así como su repercusión en Israel-Judá.

De ser cristianos, debemos preguntarnos: ¿reconoció Jesús la palabra de los profetas como «palabra de Dios», como reconoció la de Juan Bautista (Mt 11,2-15; 21,33ss)? Preguntas similares nos formulamos acerca del mismo Jesús: ¿de dónde su mensaje del «reino de Dios que viene»? ¿Confirmó Dios a Jesús como enviado suyo y su palabra? Preguntas similares caben respecto a todo hombre o mujer que se presenta como transmisor de algo nuevo en nombre de Dios: fundadores de religión, místicos, creyentes, etc.

6. Libros nacidos en la calle

La palabra de los profetas nos ha llegado en los «libros proféticos». Cada uno de estos se nos presenta como un rosario de pasajes sueltos yuxtapuestos, apenas o mal articulados entre sí. Como un cóctel: mezcla de páginas desiguales, con un mínimo ordenamiento por temas o por palabras clave. Su origen lo explica: no son libros elaborados por su autor en una habitación recogida y silenciosa. El libro profético comienza a existir, a modo de chispazos sueltos, en el corazón tembloroso y en los labios agitados del profeta ante su público oyente.

DE LA CALLE A LA BIBLIA

Cada libro profético es una colección de «breves sermones» del profeta, incluyendo algunos episodios de su vida. Grosso modo, se habla de tres etapas en la composición de estos libros:

- ❑ Los oráculos fueron primero, por ley general, predicados de viva voz por los profetas a lo largo de meses y años al pueblo, según las diversas situaciones y actitudes que este estaba viviendo.
- ❑ Algunos profetas (como Isaías, Jeremías, Ezequiel, Segundo Isaías...) los pusieron por escrito en un segundo momento. Escritos u oralmente, se transmitieron entre sus discípulos y en los círculos proféticos: por ser «palabra de Dios», no podía caer en saco roto. No se podía dejar apagar la voz y la presencia de Dios por la palabra de sus profetas: debía seguir resonando como eco inapagable en el futuro.
- ❑ Por fin, a veces siglos más tarde, hubo quienes recogieron todo el material (palabras y episodios) transmitido a partir de un profeta y, con añadidos posteriores, formaron «el libro profético» en forma de colección.
- ❑ Probablemente en el siglo III se juntaron los «libros proféticos» para formar el segundo bloque de libros bíblicos del AT.

En su origen son, pues, libros nacidos en la calle y en las plazas, allí donde se cuecen y palpan los problemas. No son libros escritos por sabios profesores que elaboran su temática de modo lógico y bien trabado en su biblioteca, sino libros nacidos desde la vida y para la vida. Lo vital, lo inmediato, lo pasional, lo del momento predomina en ellos. Los profetas no eran escritores ni profesores: eran y se sentían «proclamadores de palabra», «comunicadores de mensaje» de parte de Dios, enviados o embajadores suyos. Se presentaban ante los oyentes en un cara a cara y les hablaban a modo de chispazos, les gustase o no. Les emplazaban consigo mismos y con Dios donde fuese: en la corte, en los lugares de culto, en la puerta de la ciudad, en la calle o en el campo. Sus páginas no son catequesis, enseñanza

religiosa, sino, de ordinario, fogonazos, palabra breve e impactante. A excepción de Ezequiel y del Segundo Isaías, sus intervenciones eran en su mayoría rápidas y breves, tan breves como un par de frases a veces... ¡y hasta la siguiente! Lo suyo no era enseñar ideas, ni predicar largos discursos, sino impactar, chocar a sus oyentes, sacudir sus conciencias. Pretendían quebrar sus falaces seguridades, recordarles experiencias inolvidables del pasado, cambiar su corazón y convertirles de sus falsos caminos, despertarles a la verdad de sí mismos, anunciarles algo nuevo y gozoso, prevenirles de que estaban amenazados de muerte y abrirles a la esperanza... (véase Is 1; Jr 7,1-15; Am 5).

Lo que pretendían tenía que ver con el corazón del ser humano más que con la cabeza, con el mundo de sus sentimientos y actitudes más que con sus ideas. Por eso, no emitían leyes y decretos, ni enseñaban, como los sacerdotes, ni reflexionaban sobre la vida y sus caminos de felicidad, como los «sabios». Más bien «intervenían» de parte de Dios para mostrar el sentido de los acontecimientos que estaban sucediendo o anunciar los nuevos, con el fin de mover a sus oyentes desde dentro del corazón. Si tocaba consolar al pueblo, sacaban de su corazón entrañables palabras de consolación, como el Segundo Isaías por los años 540. Por desgracia, de ordinario les correspondía ser «cuña», no untar con aceite, ser «dinamita» para romper esquemas. Más bien que ser fáciles consoladores, creaban crisis para construir desde nueva base. Ponían al pueblo y a los individuos en conflicto consigo mismos para conducirlos a nueva hondura de ser y de existencia. ¿No necesitan el niño y el adolescente pasar por crisis, pasarlo mal consigo mismos para llegar a ser joven adulto? ¿Y el adulto, pasar por la caída de sus seguridades y expectativas, ver desmontado su andamiaje, para llegar a su última maduración? (Sin crisis, no hay maduración, dirán los psicólogos modernos.) Los profetas son los que suscitaban la crisis en el corazón de Israel-Judá para forzarle a madurar y llevarle a una nueva etapa de su existencia.

7. Personajes para ser escuchados y mirados

Los libros proféticos pueden parecernos lejanos: por su antigüedad, por su contexto histórico-cultural, por su lenguaje... Para comprender y

actualizar su mensaje, es necesario tener en cuenta algunos presupuestos de interpretación:

1. ***Conocer, al menos elementalmente, el pueblo de Israel***, su itinerario histórico, sus tradiciones religiosas y sociales heredadas...

Los israelitas llevaban ya siglos de existencia cuando los profetas de los años 750-400 les dirigen su palabra. Por ello, aluden continuamente a su pasado histórico: su liberación de Egipto, su elección por Yahvé para que fueran «su pueblo», la alianza con ellos, el tiempo del desierto y de la entrada en Canaán, sus vicisitudes históricas, sus infidelidades a Dios... son traídos continuamente a la memoria del pueblo para tocar su corazón. Conviene conocer básicamente la historia de Israel-Judá. (Como muestra: Jr 2,1-8; Ez 16,1-14; Ez 16; Os 9,10-11,4.) ¿Por qué no leer alguna «historia de Israel y Judá»?

2. ***Conocer el contexto histórico concreto en el que vivió, predicó y actuó cada uno de los profetas***. Estos dirigen su palabra a un pueblo que vive una determinada situación política, socioeconómica y religioso-moral. Conocerla se hace imprescindible.

A modo de ejemplo: la vigorosa denuncia social de Amós se explica desde la flagrante injusticia social de las clases dominantes de Israel a mediados del siglo VIII. Se hace imposible entender el mensaje, las crisis y el fracaso de un Jeremías sin conocer la época más crítica de toda la historia de Judá en torno a los años 600, amenazada en su existencia misma por los babilonios.

3. ***Leer los libros proféticos a retazos***, teniendo en cuenta lo que hemos dicho (en pp. 30-31): son colecciones de oráculos sueltos, destinados a tocar el corazón humano. ¡Absurdo leerlos como libro escrito de modo lógico! Hay que leerlos ante todo como lo que son: «oráculos», *breves palabras impactantes* (lo que no obsta para leerlos como libros enteros) (como muestra: Am 1-2; Os 10-12; Is 5; Miq 3-4).

4. ***Conocer y apreciar el estilo poético de estos libros***: se caracteriza «por la riqueza, la plasticidad y la audacia de las imágenes» (H. W. Schmidt). Palabra vigorosa, lírica según casos, gráfica, sugerente, cuajada de metáforas y símbolos sugestivos, tomados del mundo de la naturaleza, de

la vida de los hombres, de los mitos. Son verdaderos «artesanos de la palabra».

Basta asomarse al libro de Amós, de Oseas y de Isaías para comprobarlo. Algunas imágenes son usadas por varios profetas a lo largo de varias generaciones, llegando a formar toda una tradición teológico-literaria en Israel. El ejemplo más vivo es la relación de pareja «marido-mujer»: ninguna imagen más sugestiva para expresar la relación entre Dios y su pueblo Israel, entrañable unas veces, conflictiva otras (Os, Jr, 2 Is, Ez), o la relación «padre-hijo» (Os; Jr; luego Jesús, Pablo). ¡Lenguaje evocativo el de los profetas! Quizá nos resulte desconcertante a los hombres y mujeres de Occidente: racionalistas, pertrechados de lógica mental; pero ¿no acaba por cautivarnos por su vigor expresivo, por su belleza literaria, por su fuerza simbólica? ¡Importante educar el corazón para el lenguaje poético y simbólico para vivir una relación afectiva con Dios! (como muestra: Jr 2; 30-31; Os 2,4-25; Is 62).

5. ***Para creyentes judíos o cristianos, la regla suprema es «escuchar» a los profetas, más bien que «leerlos».*** Por lo dicho: no son páginas de ideas o de información para la cabeza, lo son para el corazón. No son propiamente para ser estudiados y analizados, sino para ser «proclamados» y «escuchados», como lo fueron en su tiempo. Son para que resuenen en el corazón y lo remuevan. Hay que dejarles hablar, pues son eso: ¡palabra viva! «Escuchar» es dejar a Dios mismo que nos hable con aquellas palabras con que habló un día a Israel-Judá por sus profetas, enviados y testigos suyos. Su palabra está ahí, válida y actual, pese a vivir nosotros 2.500 años más tarde y en otro contexto histórico-cultural. Siguen teniendo la pretensión de ser «palabra de Dios»: «esto dice el Señor» ahora para ti. Reclaman del creyente un corazón abierto a la misma. (Esto no significa que todas las páginas tengan la misma calidad y actualidad, ni que no sea necesario estudiar los libros proféticos como obras literarias.)
6. ***Leer-escuchar a los profetas «desde nuestro hoy»:*** en diálogo con el mundo actual, con su inmensa problemática político-social, existencial y religiosa, similar a la de aquellos tiempos. En diálogo con nuestras vidas personales con sus gozos, incertidumbres y desgarramientos. Y en

diálogo con la palabra y vida de Jesús de Nazaret, referencia obligada para sus seguidores. El cristiano que quiera ser responsable tiene que leer la Biblia con el periódico de cada día a su lado, decía el gran teólogo protestante Karl Barth. Nos interesan los antiguos profetas porque nos interesa, nos duele y nos preocupa nuestro presente de hoy.

7. Criterio importante: entrar en el pellejo de cada profeta. «La esencia del profetismo» es el profeta mismo, su existencia profética (André Néher, judío). Como la esencia de los evangelios es la persona de Jesús, más que su enseñanza. Los profetas no solo proclaman la «palabra de Dios»; son «palabra de Dios»: encarnan a Dios y lo transparentan como personas. No son ángeles puros, ni extraterrestres, ni eremitas retirados a la soledad; son signos vivientes del Dios vivo, siendo seres humanos de carne y hueso, viviendo en plena sociedad. Por ello, su existencia nos resulta al mismo tiempo tan humana y tan iluminadora. Como botón de muestra, la persona y existencia de Jeremías: nos alcanzan sus palabras de tenor hondamente humano y nos ganan sobre todo sus experiencias vividas: sus gozos y temores, sus seguridades, sus conflictos y crisis con Dios, con los hombres y consigo mismo. En él nos vemos reflejados como seres de carne y hueso que vivimos la fe y la esperanza de cada día en combate con la vida, con Dios y con nuestros «demonios interiores». Los profetas son para ser mirados, al mismo tiempo que para ser escuchados (al igual que Jesús de Nazaret).

En el NT acaece lo mismo: la esencia del cristianismo es la persona de Jesús de Nazaret, más bien que el mensaje de sus palabras, aunque sean inseparables. Su palabra más importante es Él mismo: su figura humana, sus gestos, su orar y su amar, su llorar y sus miedos. Él mismo es la palabra suprema de Dios al ser humano, sobre todo cuando muere en la cruz y está colgado de la misma. Cuando ya no puede hablar una sola palabra es cuando más palabra es, cuando más atrae, más convence y más significa para nosotros (Jn 12,32; 14,9). Como es palabra el cadáver de mi madre ante mis ojos: ya no me dirige palabras ni me mira ni me besa; pero es cuando más me habla: es la estampa de su amor hasta la muerte.

-
- ❑ Al leer por primera vez cualquier libro de la Biblia, profético u otro, quizá descubras su riqueza y actualidad en un 20% o 30%. No pretendas entender todo, ni hallar respuesta a todas tus preguntas y objeciones. Por otra parte, no todas sus páginas tienen el mismo valor y poder de evocación. Haremos una selección de páginas: no todas tienen la misma calidad, sobre todo en una lectura existencial.
 - ❑ Además de los profetas como personas singulares, vete descubriendo los grandes temas de su mensaje: Dios y la historia de este mundo, los peligros de la religión, la relación entre Dios y el ser humano, la injusticia y las lacras de la sociedad humana, las contradicciones y absurdos en que cae el ser humano, su mirada al presente y al futuro, la tensión y debate entre la esperanza y la desesperanza... ¿No son temas de siempre?
 - ❑ Al ir leyéndolos, vete subrayando en tu ejemplar de la Biblia los pasajes mejores, o haciendo una lista de los mismos. Este libro pretende sobre todo ayudarte a descubrir su enorme riqueza, humana y espiritual.

8. Maestros de la palabra

«El lenguaje es la casa donde habitamos», dice el poeta Hölderlin; y que nos habita por dentro, habría que añadir. Empleamos la palabra para muchos objetivos: pensar, enseñar, convencer, increpar y denunciar, exhortar e invitar, prometer, recordar, declarar el amor... Comunicamos algo: conocimientos, sentimientos, convicciones, criterios, amenazas, estados de ánimo... Para ello nos servimos de todos los medios expresivos posibles. Los profetas no disponían en su tiempo de nuestros audiovisuales modernos, pero, para llegar al corazón humano, son maestros de la palabra con sus mil recursos expresivos. Según circunstancias, auditorios y objetivos, han empleado la poesía, la retórica, el diálogo, el debate, la pregunta, la instrucción, la comparación, el tono de denuncia, de amenaza o de exhortación, la ironía, el mundo de las imágenes y símbolos... «El género

literario profético» es un saco muy grande. Dentro del mismo cabe distinguir variados subgéneros o formas literarias. He aquí los principales:

- El oráculo, el más típico y abundante. Se trata de palabra «en nombre de Dios»: «Esto dice Dios» (era la fórmula que usaban los embajadores ante la corte de los países a los que eran enviados), «Oráculo de Yahvé»... Puede ser de amor, de denuncia y de condena contra Israel-Judá o contra los pueblos, de salvación, de invitación a volver, de promesa, etc. (como Am 2,6-16).
- La requisitoria judicial profética (*rîb*) ante un supuesto tribunal (como Is 1,2-3.10-20; Jr 2,4-13; Miq 6,1-6).
- Los ayes, el lamento, la elegía o llanto fúnebre (Am 5-6; Is 5,8-24; Jr 8,18ss; Hab 2,6-20).
- La canción de amor, la de trabajo (Is 5,1-5; Ez 24,1-12); la alegoría (como Is 5,1-5; Ez 16; 17), la parábola (2 Sm 12,1ss).
- «Confesiones» personales (célebres las de Jeremías: Jr 15,10-21).
- Páginas autobiográficas como los relatos vocacionales (Os 3; Is 6; Jr 1), o biográficas (como Os 1).
- Narraciones históricas en prosa (como Is 36-37; Jr 36-44; 52).
- Visiones (como Am 7-9; Is 6; Ez 1-3; 37).
- Reflexión y debate teológico sobre problemas como el mal (como Hab 1,2-2,4).
- Doxologías, himnos, oraciones (como Am 4,13; Is 12; 45,14ss; Jr 14).
- Casuística (como en Ez 18).

Por los objetivos que persiguen, los tonos y contenidos que expresan, constataremos básicamente cinco clases de palabra, en mutua relación entre sí (lo veremos a fondo en el cap. 13):

- palabra de amor;

- palabra de denuncia;
- palabra de exhortación a cambiar, de invitación a la conversión;
- palabra de amenaza de juicio y condena;
- palabra de perdón y, sobre todo, de promesa de futuro.

PALABRA, GESTOS, EXISTENCIA HUMANA

Hay muchos modos de ser profeta. Básicamente los profetas de Israel-Judá emplean tres recursos expresivos; entre los tres abarcan todo el ser y actuar del profeta:

- Por una parte, proclaman la palabra de mil modos y tonos (dicho ya; iremos conociendo el mensaje oral de cada uno de los profetas).
- Realizan acciones simbólicas, gestos proféticos: Jeremías se presenta ante el pueblo con un yugo sobre su cuello, rompe un jarro, emplea su dinero estúpidamente; Isaías anda desnudo por las calles (Is 20; Jr 18; 27-28). Jeremías y Ezequiel son los que más recurren a estas actuaciones simbólicas (ocho y doce).
- Hay que destacar especialmente: los profetas adoptan y viven un género de vida profético, de ordinario chocante: Oseas se casa con una prostituta, Jeremías se queda célibe... Es decir, adoptan una existencia humana que quiere ser significativa, decir algo al pueblo: con su estilo de vida pretenden mostrar al pueblo cómo es Dios, qué quiere decir al pueblo, qué se puede esperar en el futuro, etc.
- ***Jesús de Nazaret empleará los mismos modos:*** transmitió un mensaje (parábolas, bienaventuranzas...); realizó gestos que expresaban cómo es Dios con los seres humanos (come con publicanos y pecadores, lava los pies...); sobre todo vivió su existencia entera desde Dios para traer su Reino de vida (itinerancia y encarnación entre los hombres, celibato por el Reino de Dios, amor hasta la muerte).

- **Palabra, gestos, vida:** todo para ser testigos del Dios viviente y mostrar su rostro y sus planes para los humanos. Se sienten enteramente cogidos por Dios para su tarea profética: palabra, afectividad o corazón, tiempo, energías, salud y enfermedad, compañía y soledad, uso del dinero... Ser profeta era ante todo vivir todo «proféticamente», significativamente: esa era su misión, ¡enteramente! Todo debía ser «palabra de Dios» en ellos, incluso el fracaso, la crisis y la muerte. Un punto capital a ir viendo al leer cada libro profético.

9. El movimiento profético en Israel-Judá

«El profetismo no es un fenómeno exclusivo de Israel, pero es en el seno de este pueblo donde ha alcanzado su máxima expresión.» «Un fenómeno típico del pueblo de Dios en su conjunto» (R. Cavedo, exégeta). Por otra parte, en Israel-Judá mismo «hubo diferentes tipos de profetas y de función profética» (J. Blenkinsopp, exégeta). He aquí, muy en breve, la evolución del profetismo de Israel y Judá (véase el Apéndice de este cap.).

1) Los grupos de profetas

Algo de «profético» tuvieron ya, en los siglos primeros de la historia de Israel (1100-750), algunos hombres que vivían en grupo llevando una vida singular:

1. **Los primitivos grupos de profetas itinerantes**, siglos XII-XI, con sus extrañas manifestaciones extáticas y delirantes (al estilo de los derviches musulmanes). La gente los miraba con asombro, a unos como poseídos por una fuerza superior, el espíritu de Dios, a otros como locos. Constituyen el llamado «profetismo extático». Para muchos podían ser testigos del Dios viviente y presente en el Israel primitivo (léanse, por ejemplo, 1 Sm 9–11; 19,18-24; 18,10-11; 16,14-23).
2. **Las cofradías de profetas, o «los hijos de profetas»**, siglos IX y siguientes: de ellos hablan los libros históricos (1 Re 18,1-15; 20,35-43; 22,5-28; 2 Re 2; 3). Con el tiempo muchos se venden a los intereses del

rey. Tanto estos como los anteriores, no eran muy diferentes de los «profetas cananeos».

Unos y otros, con modos extraños y discutibles, trataron de transmitir viva la llama yahvista para reavivar la conciencia de Israel desde sus antiguas tradiciones y mantener su fidelidad a su Dios Yahvé.

2) Los profetas no escritores

De ellos nos hablan los libros históricos, sin que su mensaje y actuación hayan quedado estampados en libros proféticos. Con ellos se dio el paso de los grupos proféticos a los profetas individuos. Retrospectivamente se les ha llamado profetas a Abrahán, a Moisés en particular y a su hermana Miriam (más tarde habrá mujeres profetisas, como Débora y Hulda), a los setenta ancianos... Hay que destacar a Moisés: es presentado como servidor fiel de Yahvé, liberador del pueblo, intercesor a su favor, sobre todo como el que habla con Dios «cara a cara» y transmite sus palabras; la tradición posterior judía lo mirará como el profeta por excelencia: «no ha vuelto a surgir en Israel un profeta como Moisés, a quien Yahvé trataba cara a cara» (Nm 11,10-29; 12,4-8; Ex 32; Dt 18,9-22; 34,10-12).

Hay que recordar especialmente a las grandes individualidades que jugaron un papel determinante en momentos clave de transición o de crisis: Samuel, figura de varios roles (juez, sacerdote, profeta: 1 Sm 3; 7-8; 12-13; 16), hacia 1020; Natán y Gad, «profetas cortesanos» al servicio del rey, pero independientes y críticos con él, así como Ajías de Silo (2 Sm 7; 11-12; 1 Re 11,29-39; 14,1-18), en el siglo x; y Miqueas ben Yimla. Hay que destacar en particular a Elías, figura profética de gran talla, figura sobrehumana, salvador del yahvismo en un momento crítico, en torno a 850 (1 Re 18; 19; 21); y a Eliseo, sucesor suyo, el profeta taumaturgo y el más popular (2 Re 2; 4-8: relatos de discutible valor histórico): ambos son acérrimos defensores del yahvismo; con ellos destaca ya «el profetismo de oposición». Notemos de paso que a unos y a otros se les llama con diversos nombres: «el vidente» (*ro'eh*, en hebreo), «el visionario» (*hozeh*), «el hombre de Dios» (*'is 'elohîm*); con el tiempo se impone el de «profeta» (*nabi'*).

Hombres de recia personalidad, solitarios y solidarios al mismo tiempo, no profesionales ni asalariados. Su fe personal en Yahvé y su radicación en las tradiciones originarias y fundantes de Israel los capacitó para ver claro en las épocas de ambigüedad general y para salvar las raíces y la conciencia de Israel. Nada serviles, no se venden a los monarcas de su tiempo; salen al paso de sus tentaciones absolutistas, así como de sus abusos contra los pobres e indefensos. Al pueblo entero le recordaban su identidad yahvista, su lugar privilegiado en el corazón y en los planes de Dios.

3) Los profetas clásicos o escritores

Los profetas que vamos a abordar aparecen en Israel y Judá de 750 a 300. De ordinario en los momentos más críticos de su historia. Continúan en la línea del «profetismo de oposición» frente a los poderes fácticos de su tiempo: el político, el económico-social, el religioso. ¡Hombres críticos para tiempos críticos, fueron en realidad el corazón de Israel! Son los (mal llamados) «profetas escritores», por tener de cada uno de ellos un libro que nos transmite sus palabras y sus avatares. Representan el fenómeno profético maduro y auténtico de Israel-Judá. Fueron los «hombres del carisma», testigos del Dios Yahvé, críticos con las instituciones más sagradas y legítimas por no estar a la altura de sus funciones: la monárquica, la profética (profetismo oficial o de casta) y la sacerdotal (templo, culto...). Y críticos con los que detentaban el poder económico y judicial. Querían ser «despertadores de la auténtica conciencia colectiva», resultando por ello elementos incómodos.

Los llamados «jueces», como Gedeón y Jefté, habían salvado a las tribus de Israel de su desaparición. Algunos reyes, como David, Acab, Jehú, Josías... le dieron suficiente consistencia de pueblo-estado político. La institución monárquica, con sus estructuras estatales (militar, administrativa, comercial, religioso-cultural) le aportó, en sus mejores momentos, niveles relativamente aceptables de estabilidad, seguridad y prosperidad, identidad nacional yahvista; con todo, no estuvo a menudo a la altura de las necesidades del pueblo; solo por ella, Israel-Judá no hubiese mantenido su identidad yahvista con sus rasgos peculiares; más aún, ¿hubiese sobrevenido a la catástrofe del siglo VI?

Fueron los profetas los que salvaron a Israel de desaparecer en el río turbulento y amenazador de los acontecimientos internacionales de los siglos VIII al V. Ellos lo fueron elevando a niveles éticos y religiosos más elevados. Le ayudaron a madurar en las tremendas crisis, a superar la tentación de identificarse con las instituciones político-militares. Le condujeron a vivir niveles de libertad más allá de la libertad y poder políticos. Le enseñaron a abrigar la esperanza en su Dios Yahvé en medio de las peores catástrofes y penalidades. Así como el ser humano es más que su salud, sus riquezas y su casa, los profetas trabajaron para que el pueblo Israel-Judá fuera más que un Estado político, más que sus glorias militares y su seguridad material, más que sus logros y su bienestar económicos. Por ello, llegó un momento, el siglo VI, en que, a pesar de derrumbarse todo su andamiaje estatal (instituciones civiles, administrativas, religioso-cultuales...) y perder todo (la tierra, la libertad, el templo, los muros de Jerusalén, el ejército...), con todo, sobrevivió Israel-Judá. Cayó «el Estado», pero sobrevivió «el pueblo de Yahvé», transmitiéndonos sus altos valores éticos, su capacidad de esperanza en las peores situaciones y su experiencia del Dios vivo Yahvé. Fueron los profetas los que empujaron, paso a paso, a Israel-Judá a ser más de lo que era; y lo fueron con solo el arma de su palabra.

PUNTOS COMPLEMENTARIOS PARA PROFUNDIZAR

- ❶** Los profetas no escritores de los siglos XIII-VIII: Moisés, Samuel, Natán, Elías en especial, Eliseo y otros, así como las hermandades o cofradías de profetas.
- ❷** El nacimiento del «profetismo de oposición» en el siglo IX y siguientes, en el contexto de la diferenciación social que trajo consigo la prosperidad económica del país y la presión de potencias extranjeras como Asiria, Babilonia...
- ❸** Los «profetas de casta», profesionales o cúlticos, a los que tuvieron que enfrentarse los grandes profetas de los siglos VIII-VII.
- ❹** Los profetas verdaderos y los profetas falsos. Criterios de discernimiento

del verdadero y falso ejercicio del profetismo. ¡Cuestión siempre actual!

- ❖ La psicología de la experiencia profética: la percepción de la llamada, la autoconciencia del profeta y su evolución, sus crisis...
- ❖ Los medios de comunicación empleados por los profetas.
- ❖ La historia de la relación conflictiva entre los reyes y los profetas.
- ❖ ¿Profetas versus sacerdotes?, ¿religión profética frente a la religión cultural? La relación entre el profetismo carismático y la institución religioso-cultural en Israel-Judá.
- ❖ La importancia de los profetas en la evolución religiosa y moral del pueblo de Israel-Judá.
- ❖ La transmisión de la palabra oralmente proclamada por los profetas hasta su plasmación escrita final en los libros proféticos y la formación de la colección de los libros proféticos en el siglo III.
- ❖ La historia de la investigación de los libros proféticos, especialmente en los siglos XIX-XX.
- ❖ ¿Es la profecía fenómeno típico de Israel-Judá o hubo profetas en los pueblos vecinos: Egipto, Canaán, Mari, Asiria, etc.?
- ❖ Comparación del «profeta» con el «sabio»: véase Drama y esperanza, vol. III, cap. 1.

Apéndice | El movimiento profético en la historia de Israel y Judá

				ASIRIA	BABILONIA	PERSIA	HELENISTAS
Moisés	Profetas extáticos	Natán	Elías	Amós	Nahum	2 Isaías	Joel
		Gad		Oseas	Sofonías		Malaquías
	Samuel	Ajías de Silo	Eliseo	Isaías	Habacuk	Ageo	
				Miqueas	Jeremías	1 Zacarías	2 Zacarías (Jonás)
					Ezequiel	3 Isaías	(Daniel)
					Abdías		
1250-2000	2000-1020	1000-930	850	750 - 700 721	630 - 538 586	538 - 500	400 - 300
							164

ÉXODO-DESIERTO	JUECES	SAÚL	MONARQUÍA
		David-Salomón	
		Reino de ISRAEL	
		Reino de JUDÁ	EXILIO AUTONOMÍA bajo...